

á Lourdois que tomase el pagaré de Grindot, burlándose del arquitecto con la buena fe del comerciante seguro de sí mismo; pero descubriendo cierta severidad en el rostro de Lourdois, calló, estremecido por su imprudencia. La inocente burla fuera la muerte de un crédito que infundía sospechas. En tal caso, un comerciante rico recoge su pagaré sin ofrecérselo á nadie. Birotteau sentía su cabeza agitada como si mirase al fondo de un abismo abierto á sus pies.

— Mi querido señor Birotteau, dijo Lourdois llevándole hasta el fondo del almacén, mi cuenta está repasada y comprobada; os ruego que me tengáis el dinero para mañana. Se casa mi hija con el joven Crottat, le hace falta dinero, los notarios no pueden negociar su firma; además, yo tampoco arriesgué nunca la mía.

— Enviad pasado mañana, dijo con arrogancia Birotteau, que contaba con el cobro de las cuentas pendientes en la perfumería. Y vos también, señor, dijo á Grindot.

— ¿Y por qué no ahora mismo? preguntó el arquitecto.

— Hoy he de pagar á los obreros de mi fábrica, dijo César, que jamás había mentido.

Tomó el sombrero para salir con los dos, pero el capintero Thorein y Chaffaroux le detuvieron cuando cerraba la puerta.

— Señor, le dijo Chaffaroux, necesitamos dinero con urgencia.

— Yo necesito las minas del Perú, dijo César

impaciente, alejándose de todos. ¡Hay algo en todo eso! ¡Maldito baile! Todo el mundo me cree millonario. Sin embargo, la expresión de Lourdois no era natural, pensó, alguna maquinación oculta.

Iba por la calle de San Honorato, sin dirección fija, sintiéndose anulado, y tropezó con Alejandro en la esquina de una calle, como un carnero ó como un matemático absorbido en la resolución de un problema hubiera tropezado con otro.

— ¡Ah! señor, dijo el futuro notario, una pregunta: ¿Roguin ha dado vuestros cuatrocientos mil francos al señor Claparon?

— El negocio se hizo en presencia vuestra; el señor Claparon no me dió recibo; mis valores eran... negociables... Roguin ha debido entregarle... mis doscientos cuarenta mil francos en efectivo... Se dijo que formalizaríamos definitivamente los contratos de venta... El señor Popinot, el juez, pretende... La carta de pago... Pero... ¿por qué me hacéis tal pregunta?

— ¿Por qué puedo yo hacéroslo? Para saber si vuestros doscientos cuarenta mil francos los teniais ya en casa de Claparon ó en casa de Roguin. Roguin era vuestro amigo; pudo, por delicadeza, haberlos entregado á Claparon, y ¡eso tendriais que agradecerle! Pero, ¡seré tonto! Vuestro dinero se lo lleva con el del señor Claparon, que afortunadamente no le había entregado todavía más que cien mil francos. Roguin ha huído, llevándose también cien mil francos míos que le di por su notaría, pero uyo recibo no tengo; se los di como podía daros

ahora el portamonedas. Los vendedores de los terrenos no han recibido aún ni un céntimo, estuvieron en mi casa. El dinero de vuestro empréstito sobre vuestros terrenos no existe ni para vos ni para quien os lo ha prestado. Roguin lo devoró como vuestros cien mil francos... que... no tenía hace ya mucho tiempo... Sí, vuestros últimos cien mil francos están perdidos; me acuerdo de haber ido á cobrarlos al Banco.

Las pupilas de César se dilataron tan desmesuradamente, que no vió más que una llama roja.

— Vuestros cien mil francos retirados del Banco, mis cien mil francos por la notaría y cien mil francos del señor Claparon, ahí tenéis trescientos mil francos que se han evaporado, aparte de los robos que se descubrirán, añadió el joven notario. El golpe ha sido terrible para la señora Roguin. El señor de Tillet ha pasado la noche acompañándola. De Tillet escapó de una buena; Roguin le ha atormentado durante un mes para meterle en el negocio de los terrenos, y felizmente tenía sus fondos en una especulación con la casa Nucingen. Roguin ha escrito á su mujer una carta espantable; acabo de leerla. El notario escamoteaba los fondos de sus clientes hace cinco años, y ¿para qué? para mantener una querida, la bella Holandesa, de la que se había separado quince días antes de la huida. Ella no tenía un céntimo; vendieron sus muebles; había firmado pagarés la muy bribona. Para no ser perseguida judicialmente se refugió en una casa del Palais-Royal, en la que ha sido asesinada anoche por un

capitán. Bien pronto la castiga Dios por haber devorado la fortuna de Roguin. ¡Hay mujeres para las cuales no hay nada sagrado! ¡Comerse una notaría! La señora Roguin sólo puede recuperar su fortuna valiéndose de la hipoteca legal; sobre todos los bienes del miserable gravitan cargas por más de su valor. La notaría se ha vendido en trescientos mil francos. Yo pensaba realizar un buen negocio y principio dando cien mil francos de más. No tengo recibo; hay depósitos que absorberán la notaría y la fianza; los acreedores me supondrían cómplice del abuso en cuanto mencionara mis cien mil francos, y al principio, sobre todo, hay que sacrificar los intereses á la buena reputación. Apenas cobraréis el treinta por ciento. ¡A mi edad sufrir un tropiezo semejante! ¡Un hombre de cincuenta y nueve años manteniendo una querida!... ¡El viejo bellaco! Hace veinte días me aconsejó que no me casara con Cesarina, diciéndome que muy pronto no tendrías que comer, ¡el monstruo!

Alejandro hubiera podido hablar cuanto hubiera querido, Birotteau estaba de pie petrificado. Cada frase para él era un martillazo. Solamente oía un ruido de campanas mortuorias, así como había empezado por no ver más que el fuego de su incendio. Alejandro Crottat, que creía al digno perfumista fuerte y animoso, se asustó al ver su palidez y su inmovilidad. El sucesor de Roguin no sabía que el notario se llevaba más que la fortuna de César. La idea del suicidio inmediato pasó por el cerebro del comerciante, sinceramente religioso. Siendo el sui-

cidio en el caso aquel un medio de rehuir muchas muertes, le parecía lógico aceptar una sola. Alejandro Crottat dió el brazo á César intentando hacerle andar, pero fué imposible; sus piernas se doblaban, apenas le sostenían, como si estuviese borracho.

— ¿Qué os ocurre? dijo Crottat. Mi querido señor Birotteau, ¡un poco de valor, una desdicha no es la muerte de un hombre! Por de pronto, recobraréis cuarenta mil francos, vuestro prestador no tenía esa cantidad, no os la entregó, hay motivo para pedir la rescisión del contrato.

— Mi baile, mi cruz, doscientos mil francos de letras aceptadas, vacía la caja... Los Ragon, Pillereault... ¡Y mi mujer que veía claro!

Un torrente de palabras confusas que revelaban el cúmulo de ideas abrumadoras y sufrimientos inauditos cayó arrasando como una granizada todas las flores del jardín de la *Reina de las rosas*.

— Quisiera que me cortaran la cabeza, dijo al fin Birotteau; me molesta, no me sirve para nada...

— ¡Pobre señor Birotteau! dijo Alejandro; pero ¿estáis en peligro realmente?

— ¡Peligro!

— En todo caso, ¡valor! ¡A luchar!

— ¡Luchar! repitió el perfumista.

— De Tillet ha sido vuestro dependiente, tiene mucha inteligencia, os ayudará.

— ¿De Tillet?

— Vamos, venid.

— ¡Dios mío, no quisiera volver á mi casa como estoy! dijo Birotteau. Vos que sois mi amigo, si hay

amigos en el mundo; vos que siempre me interesásteis y que habéis comido en mi casa... por mi mujer, os lo ruego, acompañadme á dar un paseo en coche, no me abandonéis...

El nuevo notario embutió con bastante dificultad en un coche la máquina inerte que se llamaba César.

— Alejandro, dijo el perfumista con la voz empañada por el llanto que brotaba en aquel momento de sus ojos, aflojando un poco el círculo de hierro que oprimía su cráneo; acerquémonos á la tienda y hablad en mi nombre á Celestino. Amigo mío, decidle que en ello se interesa mi vida y la de mi mujer; que bajo ningún pretexto nadie comente la desaparición de Roguin. Llamad á Cesarina y rogadle que haga lo posible para que su madre no se entere de tal desdicha. Debemos desconfiar de nuestros mejores amigos de Pillereault, de los Ragon, de todo el mundo...

El cambio de voz de Birotteau llamó vivamente la atención de Crottat, que comprendió la importancia de aquellas advertencias. La calle de San Honorato era camino para la *Reina de las rosas*; cumplió el encargo del perfumista, á quien Celestino y Cesarina vieron con espanto, sin voz, pálido y como embrutecido en el fondo del coche.

— Guardadme el secreto sobre este asunto, dijo Birotteau.

« ¡Ah! pensó Alejandro. ¡Vuelve en sí! Le creía perdido. »

La conferencia de Alejandro Crottat y el teniente

alcalde, fué muy larga; vieron al presidente del Colegio Notarial; llevaron á César por todas partes como un fardo; ni se movía ni decía palabra. A eso de las siete de la tarde, Alejandro Crottat dejó al perfumista en su casa. La idea de comparecer delante de Constanza dió alientos á César. El joven notario tuvo la caridad de adelantarse para prevenir á la señora de Birotteau que su marido acababa de sufrir una especie de congestión.

— Le han quedado las ideas un poco turbias, dijo haciendo un gesto para indicar un desequilibrio cerebral; será necesario sangrarle ó ponerle sanguijuelas.

— Eso tenía que suceder, dijo Constanza, muy lejos de sospechar el desastre; no ha refrescado la sangre á principio de invierno, y trabaja hace dos meses como un presidario, como si no tuviese ya su fortuna ganada.

La mujer y la hija de César le rogaron que se acostara y enviaron á buscar al viejo doctor Haudry, médico de Birotteau. El viejo Haudry era un médico de la escuela de Molière, muy práctico y amigo de los antiguos procedimientos. Llegó, y después de observar el estado de César, ordenó que se le pusieran sinapismos en las plantas de los pies; apreciaba síntomas de congestión cerebral.

— ¿Qué habrá podido producirla? dijo Constanza.

— El tiempo húmedo, respondió el doctor, á quien Cesarina pudo advertir oportunamente.

Con frecuencia se ven obligados los médicos á

decir expresamente simplezas para salvar el honor ó la vida de las personas que rodean á un enfermo. El viejo doctor tenía tanta experiencia, que comprendió á media palabra. Cesarina le siguió hasta el pie de la escalera pidiéndole instrucciones.

— Calma y silencio; después trataremos de fortalecer el cuerpo, cuando la cabeza esté despejada.

La señora de Birotteau pasó dos días junto á la cama de su marido, el cual parecía delirar con frecuencia. Colocado en la preciosa alcoba azul de su mujer, decía cosas incomprensibles para Constanza, al ver los cortinajes, los muebles y tantas costosas magnificencias.

— Está loco, dijo á Cesarina en un momento en que César se había incorporado en la cama y citaba con voz solemne los artículos del Código de comercio en que se trata de los tramposos.

— Si los gastos se creen excesivos... ¡quitad las colgaduras!

Después de tres días terribles, durante los cuales la razón de César estuvo en peligro, la fuerte naturaleza del campesino triunfó, despejándose al fin su cabeza; el señor Haudry le hizo tomar cordiales, alimentación muy substanciosa y una taza de café á su tiempo; el comerciante pudo levantarse. Constanza, fatigada, se acostó.

— ¡Pobre mujer! dijo César cuando la vió dormida.

— ¡Vamos, papá, valor! Sois un hombre de tantas energías, que saldréis triunfante. Todo eso no será nada. Anselmo os ayudará.

Cesarina dijo con voz muy dulce estas insignificantes palabras, que la ternura dulcificó más aún, haciendo renacer los ánimos abatidos, como las canciones de una madre adormecen los dolores de un niño atormentado por la dentición.

— Sí, hija mía, lucharé; pero no hay que decir ni una palabra á nadie en el mundo, ni á Popinot, que nos quiere, ni á tu tío Pillerault. Por de pronto, escribiré á mi hermano; es, según creo, canónigo vicario de una catedral; no gasta nada, debe tener dinero. A razón de cinco mil francos de economías al año, en veinte años debió reunir cien mil francos. Además, en provincias, los sacerdotes tienen crédito.

Cesarina, apresurándose á llevar á su padre una mesa y todo lo necesario para escribir, le puso á la vista el resto de las invitaciones para el baile, impresas en papel color de rosa.

— Quema todo eso, gritó el comerciante; sólo el diablo pudo inspirarme la idea del baile. Si sucumbo pasaré por un bribón. Vamos, basta de frases.

CARTA DE CÉSAR A FRANCISCO BIROTTEAU

« Mi querido hermano :

» Atravieso una crisis comercial tan difícil, que te suplico me envíes todo el dinero de que puedas disponer; en último caso, toma un préstamo.

» Todo tuyo,

» CÉSAR. »

« Tu sobrina Cesarina, que me ve escribir esta carta, mientras mi pobre mujer duerme, se recomienda á ti y te envía su cariño. »

Esta postdata fué puesta á ruego de Cesarina, la cual entregó la carta á Raguet.

— Padre mío, dijo al volver, aquí está el señor Lebas que quiere hablaros.

— ¡El señor Lebas! exclamó César espantado, como si su desgracia le hiciese criminal, ¡un juez!

— Mi querido señor Birotteau, me interesan mucho vuestros asuntos, dijo al entrar el voluminoso almacenista de paños; nos conocemos hace mucho tiempo, fuimos nombrados jueces juntos la primer vez, os estimo demasiado para no advertiros que un tal señor Bidault, llamado Gigonnet, un usurero, tiene pagarés vuestros endosados á su orden *sin garantía*, por la casa Claparon. ¡Sin garantía! Estas dos palabras que os afrentan son la muerte de vuestro crédito.

— El señor Claparon desea hablaros, dijo Celestino compareciendo; ¿queréis que le haga subir?

— Averiguaremos la causa de este insulto, dijo Lebas.

— Señor, dijo el perfumista á Claparon al verle entrar, aquí tenéis al señor Lebas, juez del Tribunal de comercio y amigo mío.

— ¡Ah! ¿El señor Lebas? dijo Claparon interrumpiendo; me alegro mucho de conocerle; un señor Lebas magistrado... hay tantos Lebas...

— Ha visto, replicó Birotteau interrumpiendo al